

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 9
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, AGOSTO 26 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50
ÍDEM ÍDEM EN LA CAPITAL, \$1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS



MONUMENTO ERIGIDO Á CUAUHEMOC EN EL PASEO DE LA REFORMA.

EL MUNDO SUBTERRÁNEO.

El único lugar fresco de la Exposición es "El Mundo Subterráneo." Aprovecho estos tórridos calores para conducir á él á mis lectores en espera de temperaturas más primaverales.

No sólo es fresco el Mundo Subterráneo, sino que á la vez es ameno é instructivo. La corteza terrestre es una esponja perforada de túneles, surcada de cavernas, ahuecada de galerías naturales y artificiales y casi cada alveolo de esa colosal esponja, es nido de alguna maravilla. Nuestras grutas de Cacahuamilpa, la caverna del "mamut," son ejemplo de las ciclopeas y portentosas construcciones subterráneas que contiene la cáscara terrestre y representan en su magnificencia la poesía épica de lo obscuro y de lo misterioso. La gruta de Capri, azul como el zafiro, con su lago tranquilo, sus arroyos murmuradores, son su poesía idílica. Cacahuamilpa parece residencia de algún Dios Oriental: el "mamut" merecería ser habitado por Prometeo, Capri por Calipso.

El hombre ha ayudado á la Naturaleza con ese trabajo de topo de ahuecar la corteza terrestre, ya para extraer sus tesoros, ya para depositar los cadáveres, ya para erigir templos, ya, como cierto lord inglés, para construir palacios. Debajo, pues, del suelo que pisamos, ocultos á nuestras profanas miradas hay toda una historia, todo un arte, toda una industria, toda una vida; y si nos fuera dable levantar las capas superficiales como el Diablo Cojuelo destapaba las casas, á guisa de soperas, nos sorprendería el hormiguero de fuerzas que bullen, de fenómenos que se agitan, de hombres que trabajan, lado á lado de las inmóviles y blancas osamentas de nuestros más remotos antepasados.

Veríamos las selvas sepultadas carbonizarse y convertirse en mantos de hulla; los asfaltos destilar á través de serpentinatas rocallosas y gotear en los lagos de petróleo; hervir las lavas en las entrañas de los volcanes; filtrar las aguas calcáreas y cristalizar sus sedimentos en diamantinas estalágitas; dislocarse las capas profundas y formar lentamente altas cordilleras y hondos valles; formarse las vetas de preciosos metales; disecarse y momificarse la fauna y dejar escrita en la roca la historia natural antediluviana.

Veríamos igualmente al topo cavar, al gusano serpentear, al hongo crecer, al hombre trabajar, y admiraríamos la intensa é inagotable actividad de lo que llamamos inerte y la vida activa de lo que creemos sepultado y muerto.

Un espectáculo de este género era tentador para los organizadores de la Exposición, y noble y grandiosa la tentativa de ofrecer á la curiosidad de las masas, no sólo las grandezas visibles y exteriores de la civilización, sino también al lado de ellas sus portentosos misterios, ocultos, casi siempre, á la mirada vulgar y sólo patentés á la perseverante observación del sabio. Esa tentativa, bien lograda por cierto, se ostenta bajo tierra en el Trocadero en profundas cavernas guardadas como por un Cerbero, por un colosal Iguanadan y por un terrífico Megaterio.

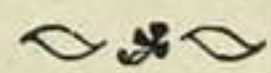
Se baja en la obscuridad y de uno y otro lado del largo y profundo subterráneo, se encuentran ya dioramas, ya reproducciones de bulto de los principales fenómenos y aspectos del Mundo subterráneo.

La formación de la Tierra. Sobre el planeta en fusión comienza á formarse la primera y delicada costra. Un cielo siempre tempestuoso, un sol desmesurado, una luna que hierva y arde; relámpagos que ciegan; cataratas que se despeñan. La materia terrestre en fusión, no soporta la presión ni la prisión de la débil corteza que más tarde ha de encerrarla, comprimirla y dominarla. Los vapores la taladran y se escapan en blancas columnas, las lavas la surcan, los fuegos interiores la despedazan y se abren paso en cráteres de volcán. El caos de fuego sucediendo al caos de sombras.

Después, la flora y la fauna primitivas; todo brutal, colosal, desmesurado; troncos que parecen torres, bejucos que semejan árboles; elefantes como edificios; un murciélago gigantesco cuyas alas desplegadas obscurecen el sol; plesiasaceros, ictrosaurios, á la vez formidables y ridículos, dioses por la fuerza y monstruos por la deformidad.

La época de apaciguamiento de las fuerzas está representada por la tranquila gruta azul, un zafiro

ahuecado y por la de Padirae con su cascada luminosa y chispeante.



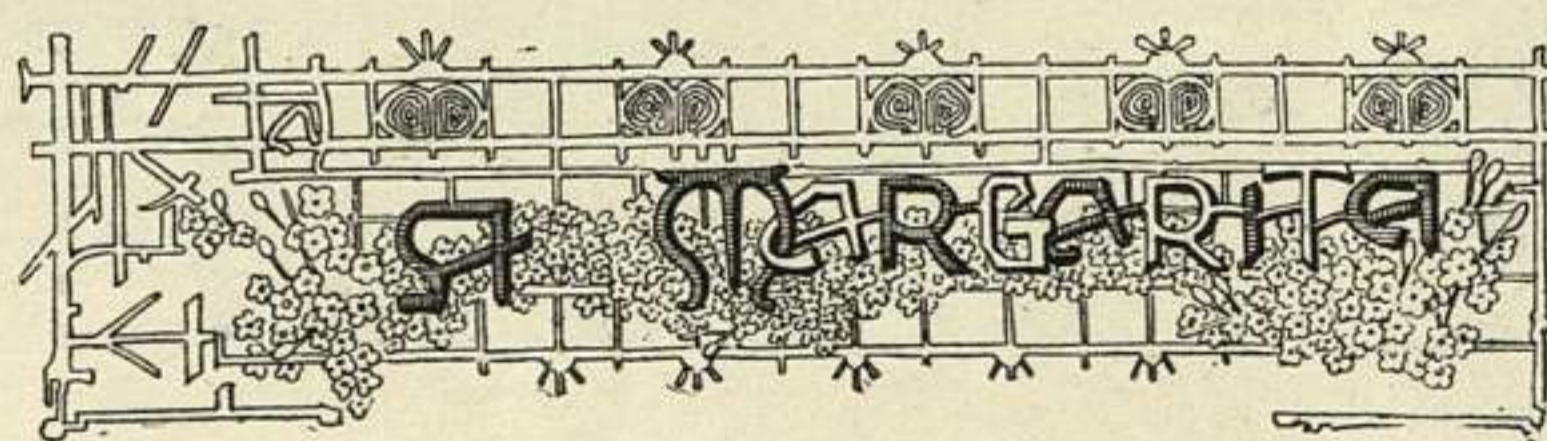
Después de la Naturaleza, la Historia: La neerópolis Menfis, en la que reposan cadáveres de hace cinco mil años, esculpida con las hazañas de los heroes, pintada con las proezas de los Dioses. La tumba de Agamenon en la que bajo cúpula de bronce, rodeados de vasos de oro y cubiertos de joyas, duermen los heroes de Homero. La Cámara sepulcral Etrusea alumbrada con lámparas colosales. Las Catacumbas de Roma con los altares y las osamentas de los mártires. Las Pagodas subterráneas de Anam, ahuecadas en plena roca, pobladas de Boudhas dorados y de Dioses extraños.

Por último, la industria, el trabajo, la conquista de la riqueza oculta por la mano del hombre. Minas de sal gema, cristalizada como cristal de roca, sobre la que llueven cataratas que la disuelven y que poderosas bombas extraen, líquida, para hacerla después cristalizar. Las minas risueñas. Minas de carbón—las minas siniestras—negras, obscuras, fatídicas, mortíferas casi tumbas, con sus explosiones de grisú y sus escapes de gases deletéreos. Minas de plata y de oro, pérdidas como sirenas, que atraen como ellas y que como ellas arruinan y matan. En cada una todo el tragín del trabajo. El ir y venir de los vagonetes cargados; el incesante subir y bajar de los émbolos y de los ascensores; el gotear monótono del agua que filtra; el repiqueteo de las barretas contra las rocas; silbidos de vapor; zumbido de ventiladores; estallido de barrenos. Aquellos hombres inspiran compasión; parecen combatir y cavan su fosa; hacen con su esfuerzo la riqueza agena y con sus vicios la miseria propia; de aquellos antros salen á cada paso la huelga, el motín, la revolución; de ellos ha salido el socialismo.

Es natural é irremediable; cuando se vive sepultado y en la obscuridad sólo se sienten odios y se aspira tan sólo á la luz, al aire y á la libertad. En aquellos tenebrosos invernaderos sólo incuban odios y germinan bajas pasiones.

De las minas ha extraído el hombre el carbón, que es fuerza; el fierro, que es palanca; el oro que es riqueza. Pero de esos antros oscuros amenaza salir la revolución social que en su forma nihilista aspira al aniquilamiento de todo, por imposibilidad de poder el obrero disfrutar de todo.

Dr. M. Flores.



Apágate, crepúsculo! No anhelo
Tus sombras, tus reflejos, tus paisajes;
Desprende la guirnalda de celajes
Con que decoras el azul del cielo;
Recoje el traje de púrpureo raso,
Y después, avanzando majestuoso,
Arroja tu estandarte luminoso
En el inmenso abismo del ocaso!

Apágate!... La sombra es la que anhelo
La noche, la enlutada
Diosa, que entreabre su gigante tienda,
A esperar que la luna la sorprenda
En su lecho de estrellas reclinada!
Ella, mi Musa! La que me ha arullado
Con lira melancólica y sublime;
La Musa que mis pasos ha guiado,
La Musa que en mi senda se levanta,
La que le dice á mi esperanza: canta!
La que le dice á mi tristeza: gime!

Y la tarde se fué!—Tendió imponente
La noche sus crespones misteriosos:
Inundó el firmamento lentamente,
Descendió á las montañas del Oriente,
Se resbaló á los campos silenciosos,
Y avanzó más y más!... Mirad! Qué encanto!

Los campos, las ciudades, el desierto,
Todo quedó cubierto
Bajo los pliegues de su negro manto!

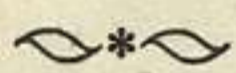
Ah! y entonces le dije:—"Mi enlutada
Tú, mi Musa bendita;
Toma el laúd y canta á Margarita!
Tú tienes bajo tu ancha vestidura
Todo lo que el poeta necesita
Para pintar su espléndida hermosura.
Iguala con la luz de tus luceros
Sus miradas inmensas de ternura;
Remeda con la luz, que en hebras de oro
Vuela sobre tu frente
La blanca luna, el inmortal tesoro
De lumbre que arde en su pupila ardiente;
Has que azote la rápida tormenta
Con su ala de relámpago los cielos,
Para imitar con ella la violenta
Tempesta de su amor y de sus celos;
Y después... Cuando tienda la mañana
Sobre las cumbres su lumbroso manto,
Que diga al mundo tu valiente canto:—
Mirad á la mujer americana!"...

Y la noche se fué!... No oyó mi ruego!
Sí; yo la ví partir! La ví esconderse
Tras la montaña, y vi llegar el fuego
Del alga que en el éter se extendía....
¡Yo no sé por qué la luz del día
Me pareció tan triste!...
Oh luz! responde... ¿Acaso comprendiste
La tristeza inmortal del alma mía?

.....
.....
Abrí este libro!... Vacilé un momento!...
Llamé los dulces géneos del reposo,
Y no quisieron escuchar mi acento!...
Tomé la pluma, la apoyé nervioso,
Y comencé á escribir, faltó de calma:—
"Margarita... la hermosa... la sensible...
En mi lira no caben ¡imposible!
Todos los versos que te dice el alma!"....

José M. Bustillos.

¡ORAD!



¡Dejad que vuestro espíritu suspenso,
De su destino al poderoso grito,
Dirija el vuelo de su afán inmenso
A su patria inmortal, el infinito!

¡Mariposas de luz, tended el ala
A la llama que nunca se consume;
Cuanto puede volar, la cima escala:
La música, el incienso y el perfume!

Cantan á Dios el ave entre el ramaje,
En su onda el mar, el céfiro en su giro;
Que los cielos reciben homenaje
De cuanto tiene voz, canto ó suspiro.

En este mundo arcano y deslumbrante,
En el seno de tantas maravillas,
El hombre, pobre ser de un solo instante,
Nunca se halla mejor que de rodillas.

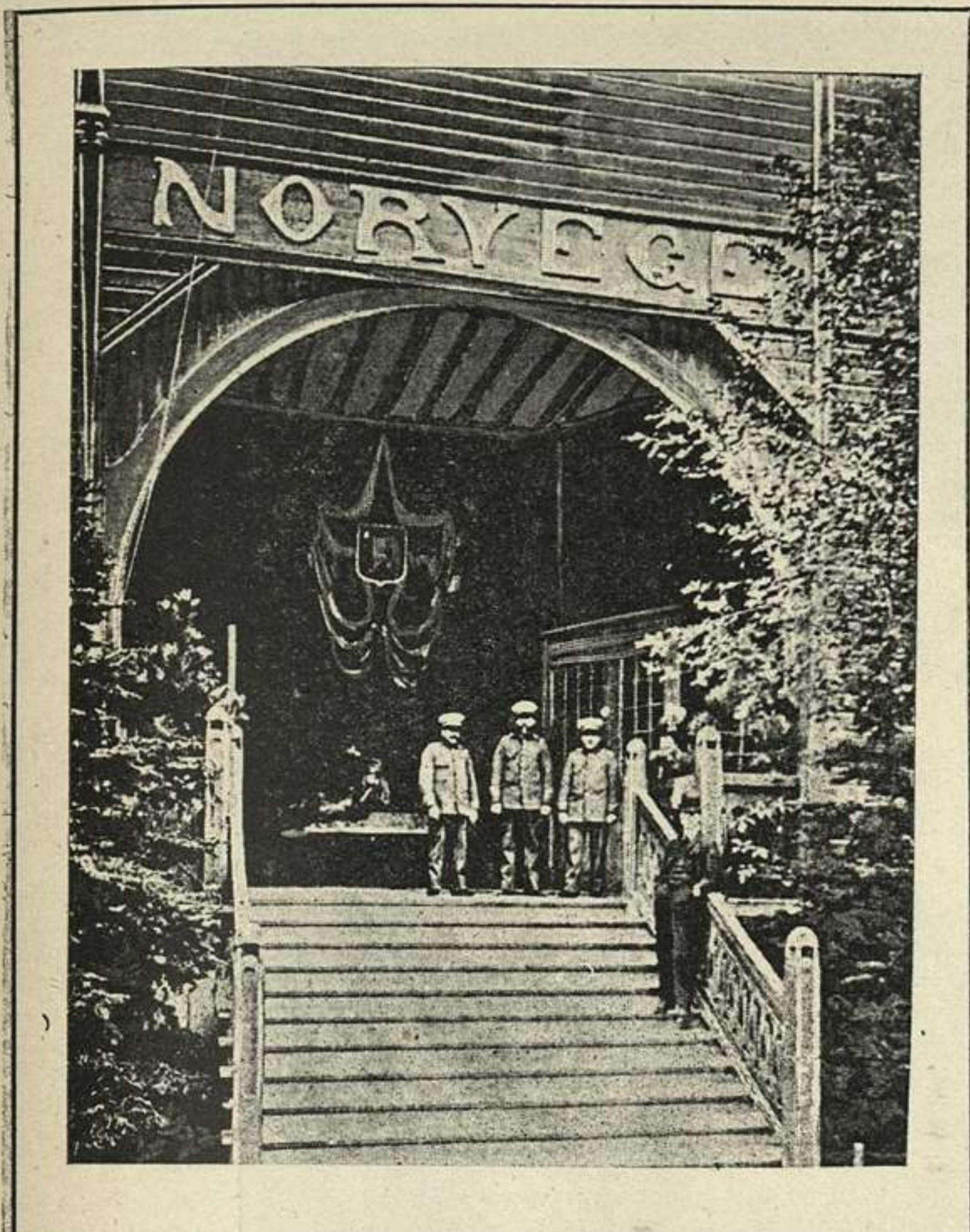
¡Caed de hinojos! Suplicantes palmas
Alzad venciendo vuestro orgullo ciego;
La oración es la vida de las almas,
¡Santa actitud de adoración y ruego!

Del existir en la inmortal contienda,
Nada el milagro del amor ataje;
¡Que la oración, como el perfume, ascienda,
Y que el perdón, como la lluvia, baje!

Si navegáis en golfos de ventura,
Cantad ¡hosanna! en vuestra dicha extrema;
Y si logáis en mares de amargura,
Tened confianza en la bondad suprema.

¡Sonreíd al pensar que en esplendores
Al fin se tornará la noche obscura,
Y que son de la vida los dolores
Sollozo abajo y cántico en la altura!

José López Portillo y Rojas.



EL PABELLÓN DE NORUEGA EN LA EXPOSICIÓN.

La forma exterior del pabellón de Noruega, en la Exposición de París, se traduce exactamente en su aspecto interior, tanto más, cuanto que se han buscado divisiones en salas diversas. El pabellón mencionado es de una sola nave, muy alta, á que forma marco una larga galería superior que tiene acceso por medio de una escalera muy vertical, casi sin inclinación.

Toda su construcción ha sido montada exclusivamente en madera; las ornamentaciones se componen de molduras de gran originalidad, que se recomiendan por su valor decorativo.

La exposición está casi enteramente consagrada á la pesca, y á las artes que tocan el ejercicio de esta industria. No obstante, el lugar de honor ha sido reservado á una vitrina, donde, bajo cristales, se ve un modelo del "Fram," navío que lle-

vó al intrépido Fritjof Nansen y á sus valientes compañeros, hacia la conquista del Polo.

El busto del explorador mismo, se iergue ante la vitrina, mostrando el rostro enérgico, los rasgos finos y regulares del hombre que casi resolvió ese problema enloquecedor de la busca del polo norte que permaneció oculto durante el siglo XIX, y cuyo secreto revelará sin duda el XX. Pero el futuro triunfador no hará jamás olvidar la gloria de Nansen, ni el recuerdo de su abnegación y valor. Conocida es la historia del "Fram" y de su equipaje. El navío había sido construido especialmente para esta expedición, es decir, que su estructura estaba reforzada para resistir la terrible presión de los hielos. "El Mundo Ilustrado" se ocupó extensamente y á su tiempo de las peripecias de tan atrevida exploración.

La vitrina en cuestión dice al público toda la conocida historia: el casco del "Fram" muestra el sistema de armaduras, por el cual se puso á sus flancos, en estado de resistir la opresión glacial. Allí se ven, así mismo, los objetos del uso personal de Nansen, su trineo, sus patines, sus raquetas de nieve; la lámpara de alcohol sobre la que hacía sus alimentos; el saco de pieles en que se encerraba para dormir; más aún, dos de sus perros, naturalizados y montados con tal perfección, que dan la ilusión de la vida.

Cuando el Emperador Guillermo II recibió á Nansen, hizo llamar á sus hijos, y les dijo: "Sois muy jóvenes aún para comprender lo que ha hecho el hombre que está ante vosotros; pero más tarde, cuando se os refiera su historia, recordadéis con emoción que le habéis visto."

Se recuerdan las palabras del Emperador Guillermo delante de esos objetos, testigos inanimados de una odisea, ante la cual los viejos cuentos no son sino narraciones de niños.

Por otra parte, contemplando los objetos expuestos en el pabellón de Noruega, se adivina la

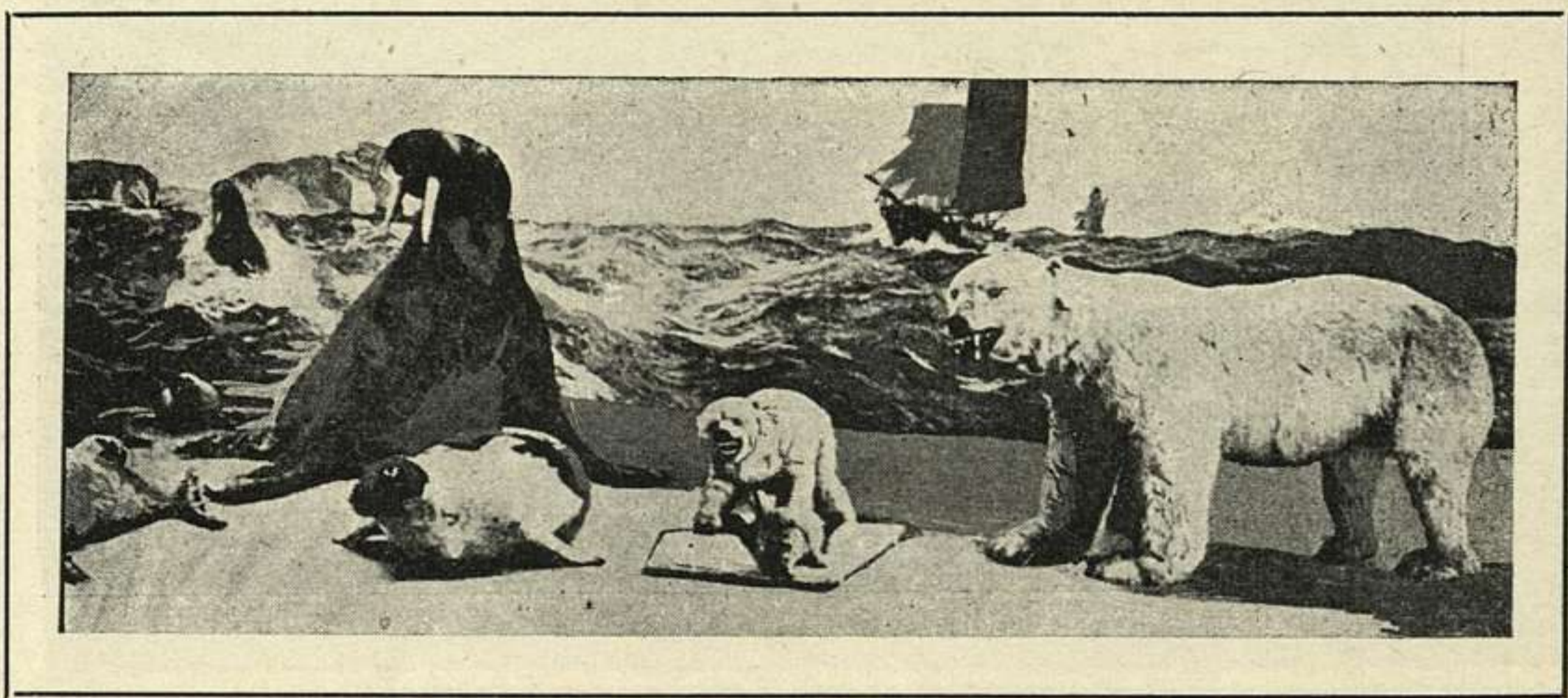
raza robusta que constituye este pueblo, cuya principal industria es la pesca de alta mar.

Sabido es que en Noruega se arman aún para la pesca á la ballena, la cual se efectúa por 27 vapores, tripulados por 1,227 hombres.

La enseñanza profesional de la navegación y de la pesca marítima, se da por las Escuelas de Bergen y de Bodeo. La primera de estas ciudades posee el museo especial, que es el principal expositor del pabellón noruego; él es el que muestra ante un diorama marítimo, en el cual, sobre el mar boreal, flota un ballenero, todo un rebaño de habitantes de esas latitudes: osos, morsas, focas, leones marinos, etc., etc., cuya reproducción damos en nuestro grabado. El mismo museo exhibe unos pescados encerrados en pomos rectangulares de vidrio, y que parecen pescados la víspera, tan vivos y radiantes son sus colores.

EL PSHA DE PERSIA.

Nuestro grabado representa al citado soberano durante un paseo en las calles de París, en la última visita que hizo á la capital de Francia y

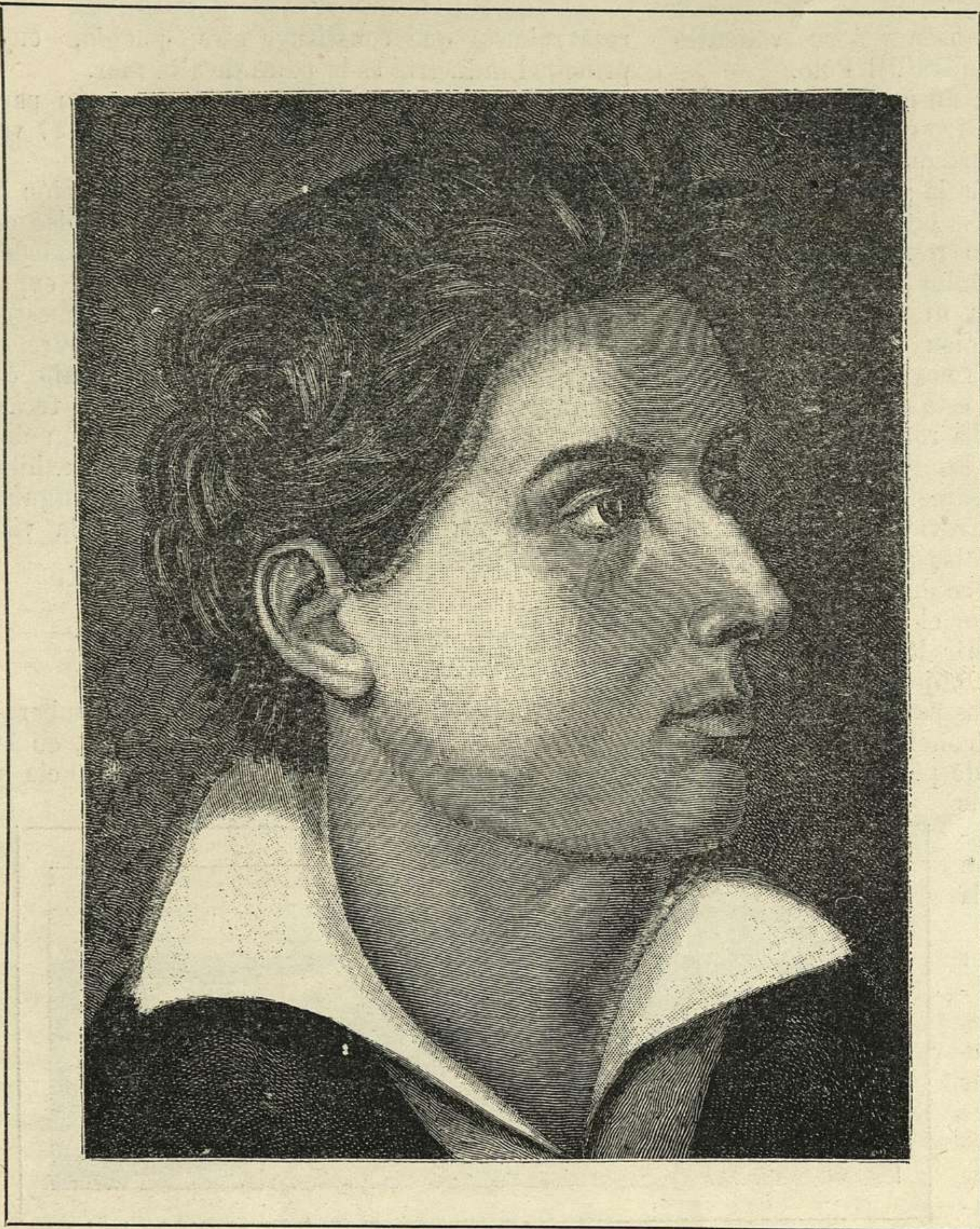


Animales raros exhibidos.

que poco gratos recuerdos debe de haberle dejado con motivo del atentado que estuvo á punto de sufrir y que fué el primero de la serie, pues como saben nuestros lectores, dos veces más ha estado á punto de perecer á manos de los infames anarquistas.



El Psha de Persia en París.



Schiller.



Los dos grandes poetas de Alemania

A la teoría sociológica que asienta que el florecimiento de las bellas letras, ó mejor dicho, la intensidad poética, sólo se manifiesta durante el equilibrio político de las naciones, Alemania va dando un mentís incontestable, puesto que en todo este siglo XIX que ya toca á su fin y durante cuyo último tercio esa nación ha alcanzado unidad y equilibrio políticos sin precedente en su propia historia, no ha podido producir un sólo poeta que la gloria y los merecimientos de los anteriores eclipsara.

Recorriendo la historia literaria de Alemania, desde nuestros días hacia atrás, no encontramos figuras de "primera magnitud," sino hasta Goethe y Schiller. Ahora bien, ¿en qué época florecieron ellos? Reinaba entonces un equilibrio político en el seno de la nacionalidad alemana?

No; el fin del siglo pasado significa para Alemania nada menos que el más completo desequilibrio. En pie todavía el feudalismo,—no obstante los enormes esfuerzos de Federico el Grande, que en tal sentido bien pudiera apellidarse el Luis Once-

no germano,—dividía el reino en una porción de pequeños Estados sin más cohesión interna que la comunidad del idioma, demasiado débil por cierto para formar una entidad política equilibrada, como no la han podido formar ni la formarán nunca las diversas naciones hispano-americanas.

A aquella debilidad se oponía la fuerza francesa, naciente de nuevo, que desde las esplendorosas épocas de Luis XIV, no había cesado de ejercer su presión sobre los Estados alemanes.

Puede decirse que la Alemania propiamente dicha, no existía entonces. La diversidad de religiones era, acaso, el mayor obstáculo que se interponía entre aquellos diversos pueblos de común origen y de idénticas aspiraciones. En semejantes condiciones el peligro de una absorción paulatina era inminente. ¿Puede darse mayor desequilibrio político?

Y sin embargo, en ese medio florecieron Goethe y Schiller, poetas de veras, poetas eternos, de esos cuya gloria es imperecedera, simplemente porque se basa sobre creaciones que á la tersura y belleza de la forma, unen un "humanismo" intenso y una idea, muchas mejor dicho, que arraigan en los más íntimos é invariables ideales de los hombres y que encarnan eternas y axiomáticas observaciones sobre las tendencias del alma humana.

Sucede con sobrada y deplorable frecuencia, que nuestro incondicional vasallaje al intelectualismo francés, ciña tupidas vendas sobre nuestros ojos, al grado de que las demás literaturas extranjeras sean desconocidas, no sólo para nuestro gran público, sino también para nuestros hombres de letras.

Si no fuera así, es seguro que el intelecto hispano-americano, cuyas principales características son la facultad de asimilación y la maravillosa plasticidad, ya hubiera "enmoldado"—(no hay que enojarse, puesto que lo hacemos diariamente en los franceses)—en el modus faciendi de Goethe y de Schiller, con mayor provecho y utilidad.

Sin embargo, el tiempo lo hará y cuando eso sea, se convencerán nuestros literatos de que la inspiración no debe beberse exclusivamente en el "esprit pétillant" de las orillas del Sena y de que al artificio de un Verlaine ó á la brillante metáfora de un Hugo, podrá siempre oponerse la "filosofía" de un Schiller y de un Goethe.

Damos hoy los retratos de los dos grandes poetas de Alemania

El matrimonio del Rey de Servia

Conocida es la situación de la familia real de Servia: la ex-Reina Natalia y el ex-Rey Milano, pasean cada uno por su lado, á través de toda la Europa, sus existencias nómadas.

Hace cinco años, el joven Alejandro estaba en Biarritz con su madre. Esta tenía consigo una dama de honor, á quien amaba mucho, Mme. Draga Maschin, encantadora belleza, simple burguesa, viuda de un ingeniero de minas.

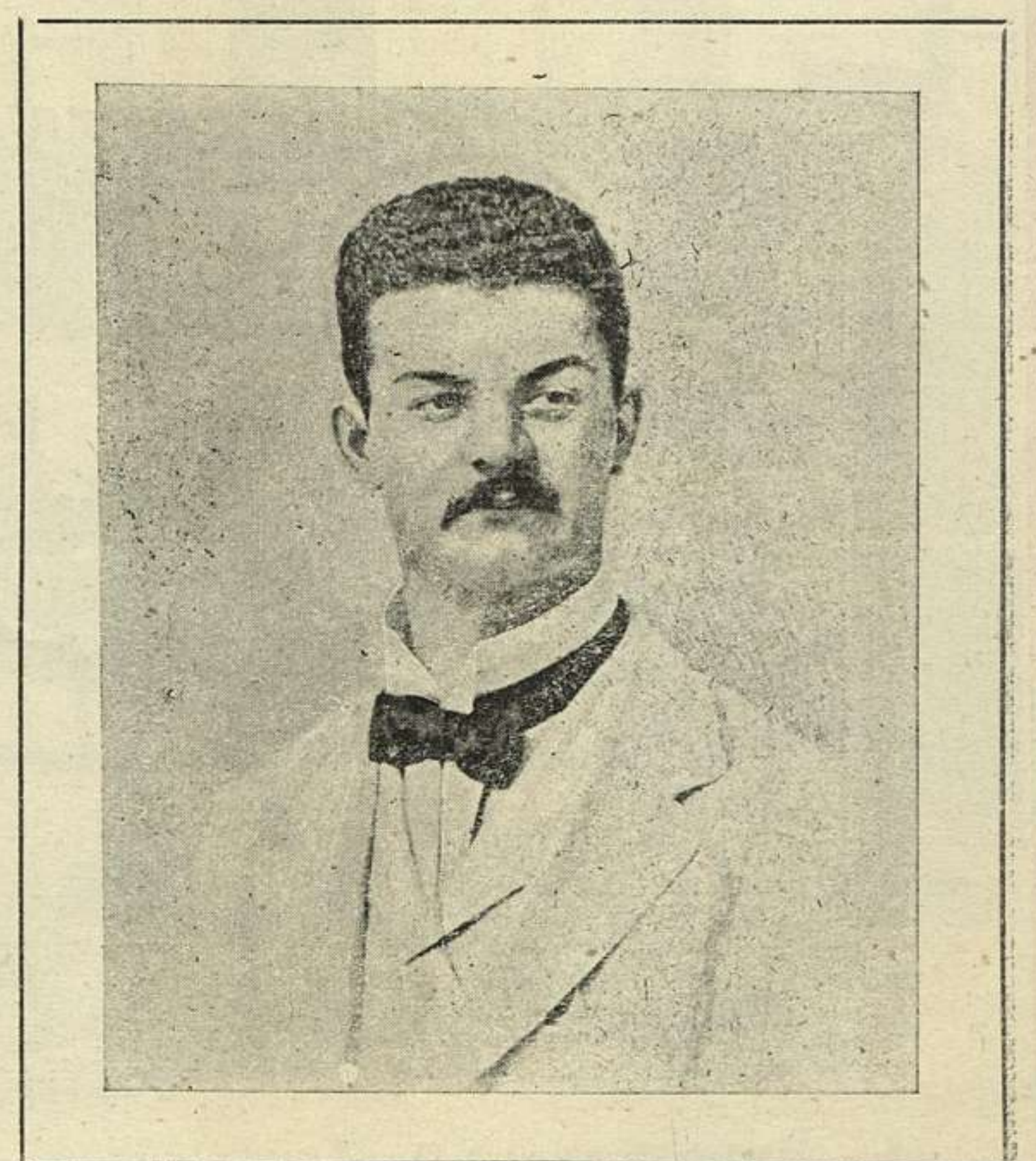
Maschin, bella é inteligente, conquistó al hijo como había encantado á la madre, y dejó el servicio de la reina para seguir al rey.

Hasta entonces nada había de anormal. Pero hé aquí que hace unos cuantos días, el joven rey Alejandro anunció oficialmente que iba á desposarse con Mme. Maschin, y á hacerla reina.

Con este motivo hay quien augura una guerra civil, de terribles consecuencias en el caso.



Sra. Dr. ga Maschin.



El Rey de Servia.

Oscar Hers.

EXPOSICION TABASQUEÑA



SEÑORITAS QUE TOMARON PARTE EN LOS DIVERSOS ACTOS ACORDADOS PARA LUCIMIENTO DEL CERTAMEN



LOCAL DEL CERTAMEN



GRUPO ARTISTICO



JUNTA DIRECTIVA DE LA SOCIEDAD DE CONCURSOS



PABELLON ORIGINAL



GRUPO DE SEÑORITAS NOMBRADAS REINAS PARA PRESIDIR LAS CARRERAS DE CINTA

CUAUHTEMOC

LOS MARTIRES DEL TESORO.

FRAGMENTOS.

Cuatro días después de la toma de la ciudad y tres de la junta de Tlaltelolco, Cortés se trasladó con los suyos á Coyoacán, llevando consigo presos á los principales señores indios, con grillos y cadenas en los pies.

Para celebrar el triunfo hízose un banquete con el vino llegado de Veracruz y los cerdos traídos de la Isla de Cuba. El número de invitados superó al de los asientos, y "la planta de Noé," como afirma Bernal Díaz, dió al traste con el juicio de los comensales. Conquistadores hubo que treparon sobre las mesas y otros que rodaron debajo por los suelos. Fué aquello una orgía en que el desorden no concejó límites y en que tomaron parte las pocas mujeres castellanas que había entonces, tocando el papel de víctimas á las pobres indias á quienes brutalmente burlaban los conquistadores. La ebriedad fué origen de muchas bravatas á cual más andaluzas. Refiere Bernal Díaz que algunos aseguraban que habían de comprar caballos con sillas de oro, y que hubo ballesteros que ya soñaba del mismo metal las saetas de su aljaba. Terminó el convite con un baile, y aquí fué tanto el libertinaje, que Fr. Bartolomé de Olmedo tuvo que intervenir y reprender á aquellos locos.

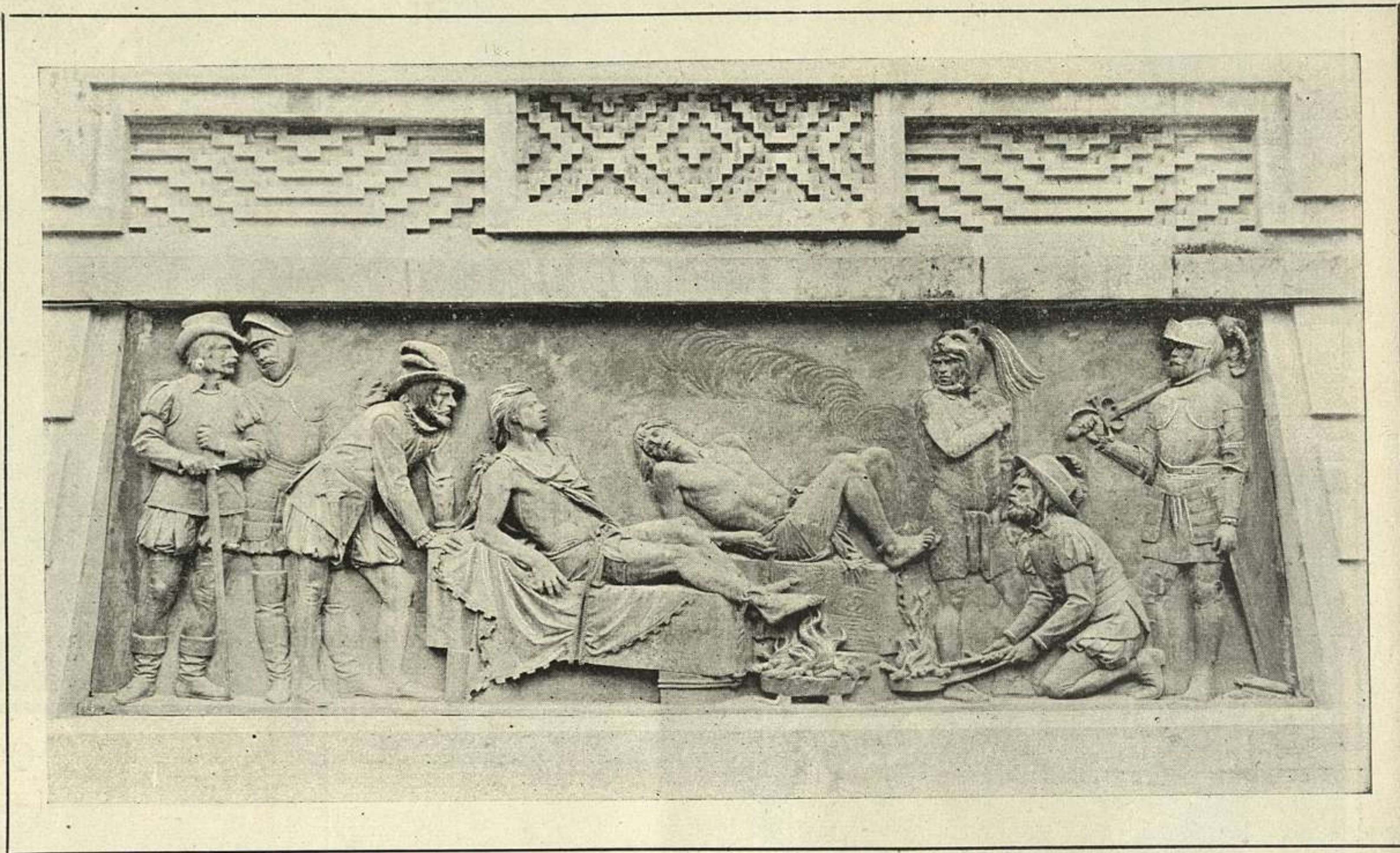
En desagravio de la orgía, Cortés ordenó una procesión, en que fueron los conquistadores con sus banderas levantadas, "y algunas Cruces á trechos, y cantando las Letanías, y á la postre una Imagen de nuestra Señora: y otro día predicó Fr. Bartolomé, é comulgaron muchos en la Misa después de Cortés y Alvarado," y dieron "gracias á Dios por la victoria."

Pero pronto surgió de nuevo la discordia. Ni los estragos de la orgía ni el aparente arrepentimiento que siguió á la ceremonia religiosa sirvieron para echar en olvido lo escaso del botín.

los indios aliados habían robado á los conquistadores; quiénes que los soldados de los bergantines tenían ocultas las riquezas, y quiénes que Cortés, de acuerdo con los vencidos, poseía el tesoro de Motecuhzoma. Los oficiales reales por

fueron puestos al tormento, que consistió en quemarles pies y manos.

"El rey, con inquebrantable constancia, sufrió los dolores sin cambiar la serenidad de su rostro; Tetlepanquetzaltzin, próximo á sucumbir, volvió



Notable bajo-relieve en el monumento de Cuauhtemoc. Obra de Gabriel Guerra.

su parte inquirían para satisfacer el "quinto," y según parece fueron los primeros en solicitar que se atormentase á Cuauhtemoc. Entonces desempeñaban estos cargos, Alonso de Grado co-

tristemente los ojos al monarca, como para pedirle licencia de revelar el secreto ó suplicarle que él lo hiciese: fijóle airadamente la vista Cuauhtemoc, dirigiéndole secamente estas palabras: "Estoy yo en algún deleite ó baño?" Avergonzado el señor de Tlacopan, recobró esa indiferencia estoica con que los valientes saben burlar las crueldades de sus enemigos "y murió en el tormento." Tarde para la gloria de Don Hernando fué quitado del brasero el Emperador azteca, porque aquella acción imprimió una fea mancha en la memoria del conquistador, á quien no se puede defender con que era débil para contener á la soldadesca; en momentos más difíciles había sabido tenerla á raya é imponerle su poderosa voluntad."

El juicio es justo, la reflexión oportuna.....



Moteczuma y su regia comitiva.

Todo lo que se había juntado era mezquino en comparación de los sueños de inmensa riqueza con que creyeron ver coronados sus esfuerzos los conquistadores. El oro fué buscado con ahinco, y no se podían consolar de la pérdida que tuvieron en la "Noche Triste." Unos á otros se acusaban. Los indios fueron de nuevo interrogados, y ante sus negativas y ante las esperanzas frustradas, la murmuración sorda comenzó á revolotear en todos los oídos. Quiénes decían que

mo contador, Bernardino Vázquez de Tapia como factor y Julián de Alderete como tesorero. Cortés y los testigos que presentó en sus descargos, aseguran que á las repetidas instancias del último se dió tormento á Cuauhtemoc. Sea de esto lo que fuere, unos como autores y otros como cómplices, todos son culpables.

"En mala hora—dice un historiador erudito y laborioso—se procedió á la ejecución. Cuauhtemoc y Tetlepanquetzaltzin, señor de Tlacopan,



Representación del Rey de Tacuba.

lástima que el Sr. Orozco y Berra, autor de las líneas copiadas, haya incurrido en un error, en una contradicción y en un anacronismo.

En un error, porque no fué Tetlepanquetzaltzih, señor de Tlacopan, el que murió en el martirio; fué otro indio nobilísimo cuyo nombre no ha transmitido la historia.

“Los oficiales del Rey—dice Gomara—querían descubrir el oro, plata, perlas, piedras y joyas para juntar mucho quinto; empero nunca pudieron con mexicano ninguno que dijese nada, aunque todos decían cómo era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así es que acordaron dar tormento á Cuauhtemoc y “á otro caballero y su privado.” El caballero tuvo tanto sufrimiento, que, “aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal cosa,” ó porque no lo sabía, ó porque guardan el secreto que su señor les confía constantemente. Cuando lo quemaban miraba mucho al Rey, para que, habiendo compasión dél, le diesen licencia, como dicen, de manifestar lo que sabía, ó lo dijese él. Cuauhtemoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algún deleite ó baño.”

Esta versión, que es la verdadera, la siguen en sus obras respectivas Herrera, Torquemada, Clavijero, Cavo y otros, y ninguno menciona al “tecutli” de Tlacopan.

Luis González Obregón.



Cuauhtemoc representado por el joven José Guerrero.

La manifestación de aniversario, en honor del héroe azteca estuvo muy bien organizada en el presente año, y á pesar de su sencillez, resultó imponente.

La glorieta de Cuauhtemoc en la calzada de la Reforma se decoró vistosamente, con gallardetes, banderas, escudos artísticos y profusión de flores.

Se pronunciaron sentidos discursos en nahuatl y mexicano y varias composiciones poéticas, distinguiéndose el Presbítero José Pilar Sandoval que hizo un buen panegírico del ilustre caudillo.

Cuarenta niños del Asilo Hunt Cortés llegaron á la glorieta en un tren especial de los ferrocarriles del Distrito. Vestían todos trajes aztecas, muy lujosos y apropiados. Rafael Allende representaba al Emperador Moctezuma y se hacía notar por su manto de lama de oro, cuya cauda era llevada por dos pajecillos. Le seguían á corta distancia los que representaban á sus aliados, los Reyes de Texcoco y de Tacuba; Cuauhtemoc estaba representado por el niño José Guerrero; después los guerreros, los caballeros tigres cubiertos de pieles y los caballeros águilas, los sacerdotes, jueces, nobles, servidumbre, etc. Cuando se presentó ésta comitiva, el público prorrumpió en aplausos entusiastas.

Los niños fueron á colocarse en torno del monumento, depositaron ramilletes de flores y cuando terminó la ceremonia oficial, entonaron cánticos en náhuatl, y el Himno Nacional Mexicano.

Logramos obtener algunas fotografías muy curiosas de la original comitiva azteca, las cuales sirven de ilustración á las presentes líneas.



Grupo principal de la Comitiva Azteca.

Nuestros grabados.

EL VALLE NACIONAL.

La aspiración de todo país que, como el nuestro, entra de una manera franca en una época de prosperidad, es ensanchar su comercio, haciendo valer sus productos naturales ó industriales en los mercados de todo el mundo, y México de una manera muy especial, ha sentido la necesidad de exportar sus productos como uno de los grandes medios, si no el único, de contrarrestar las fluctuaciones del cambio y estar siempre en aptitud de recibir del extranjero la infinidad de artículos que nos son indispensables y que aun no pueden fabricarse en el país.

Toda cuanta empresa tienda á hacer valer nuestras producciones y á aumentar por consiguiente nuestro comercio en el exterior, es pues digna de la mayor atención, y en este caso se encuentra la fábrica de tabacos de los Sres. E. Gabarrot, Compañía limitada que en este número comenzamos á dar á conocer, reservándonos para en artículos subsecuentes, ocuparnos de los detalles más interesantes de esta poderosa empresa.

La mencionada firma social, está constituida en Inglaterra y tiene ramificaciones de positiva importancia en todas las principales ciudades de Europa, tales como Viena, Budapest y París. En Australia cuenta también con activos agentes que prestan los mayores servicios en aquellos mercados donde es necesario competir con los artículos similares de las Filipinas y demás centros de producción del Occidente.

Tan acertado ensanchamiento, debido muy principalmente á las gestiones del Director Gerente, Sr. Alfredo Nauweleers, que reside en Jalapa, tiene asegurado el consumo, aun con exceso, de los productos de la fábrica, pues tiene celebrados fuertes contratos, entre otros, para la provisión de los estancos de Austria y de Hungría, y el Gobierno de la República Francesa expidió, no hace mucho tiempo, un decreto especial en su favor, concediéndole el privilegio exclusivo y único del abastecimiento de puros extranjeros en Francia.

El principal centro de consumo con que cuenta esta negociación, es naturalmente el mercado inglés, donde hay tan delicado gusto por el tabaco labrado y se estima en todo lo que vale la elaboración y buena calidad del tabaco mexicano, muy especialmente la de “El Valle Nacional” que actualmente domina en Londres, no obstante la activa competencia de las demás fábricas del ramo.

Como la especialidad de esta casa es la de los colores claros y su elaboración tiene un aroma exquisito, los pedidos aumentan día á día; en los últimos seis meses la casa E. Gabarrot y Cía. limitada, alcanzó un 40 por ciento más de ventas, comparándolas con semestres anteriores, y en la

actualidad lucha por dar cumplimiento á los enormes pedidos, á cuyo fin aumenta constantemente el número de operarios que llega al presente á más de 500 hombres y unas 100 mujeres.

La fábrica que nos ocupa, con tino y previsión ha logrado poder asegurar una producción siempre igual, porque cuenta con muy grande existencia de tabaco en rama de las mejores vegas del país y en los momentos de crisis porque atraviesa el cultivo del tabaco en la República, es la sola negociación que mantiene el crédito del tabaco mexicano en el extranjero, no omitiendo gastos ni sacrificios por conservar el puesto en que afortunadamente ha llegado á colocarse.

LA EXPOSICIÓN REGIONAL DE TABASCO.

Publicamos en este número diversas vistas relativas á la segunda exposición regional que una sociedad de concursos organizó y celebró, hace unos cuantos meses en la capital de Tabasco.

Figuran en nuestros grabados los retratos de las personas que más contribuyeron al éxito del certamen y distintas vistas de la exposición, cuyo objeto es digno del mayor elogio.

Efectivamente, todos sabemos que el suelo de Tabasco es una de las porciones del territorio mexicano más privilegiado por la naturaleza: sus maderas preciosas, y en general, todas sus producciones agrícolas han contribuido mucho al crédito que tiene México como centro productor, y certámenes como el que motiva estas líneas, son de la mayor utilidad.



El rey de Texcoco representado por el joven José Pichardo



SALON GENERAL DE OBREROS.



LAS GRANDES EMPRESAS MODERNAS

ESCOJIDA

EL VALLE
NACIONAL
GRAN
FABRICA
DE
Puros



Mojadero de Tabaco



Departamento de Filiteado

E. GABARROT &
Compañía limitada

JALAPA
VERACRUZ

SON LOS SUEÑOS QUE PASAN...

DE UN LIBRO PARA ELLA.

A veces tu recuerdo se condensa en mil formas extrañas; huye el día y en rojo funeral, sobre la inmensa extensión del azur la tarde piensa y yo pienso con ella, virgen mía!

Pienso en tí!

Cael el sol... Alguien me nombra, una voz—muy lejana!—de reproche. Y clavado de horror sobre la alfombra, con los ojos abiertos en la sombra te busco entre los sueños de mi noche.

El primer sueño.

Y un sueño viene á mí. Cruza la sala con vuelo de fantasma, y se divulga un rumor ideal si bate el ala y es tan puro como una colegiala vestidita de lino, que comulga....

La fe de mi niñez!

El segundo sueño.

Sigo un scherzo inefable, que el ánima me roba y otro sueño se acerca, entre el disperso enjambre y es azul: el primer verso que escribí, niño y trémulo en mi alcoba.

El tercer sueño.

Y llega un sueño rosa—oh paraíso!—y siento no sé que dulces resabios: es el beso primer que de improviso le dejé á una muchacha que me quiso, cierta noche de Abril, entre los labios.

El cuarto sueño.

Y luego un sueño púrpura: ni el cielo arde tan vivo cuando el sol navega. Le conozco muy bien: el primer celo! Mas si ya no sé odiar! si ya el Oteló murió en mi corazón..... que tarde llega!

Ella.

Y por fin vienes tú; con el sedoso pelo envuelves mi frente atormentada y al oído me dices: pobre dueño, lo mejor de mi ser es ser un sueño, un copito de luz, un eco..... nada!

Y suspiras "¡adiós!" y en el tranquilo azul en que cada astro es como un broche de trémulo cristal, hallas asilo..... mientras surge el menguante y con su filo guillotina la testa de la noche!

Kriens, Agosto 4 de 1900.

Amado Nervo

LA BRUJA.

Cuando ya sólo se oía en la cárcel el alerta de los centinelas que rodaba por todo el espacioso edificio, y el alerta de la campana de voz sorda y pausada, alertas igualmente lúgubres, tristes, con tristeza desesperante, él y yo en nuestra celda de distinción, jugábamos á las cartas el pocker, para pasar el tiempo.

El me decía mientras barajaba:

Sí; en esta vez en que mi crimen es más disculpable, en esta vez en que soy, relativamente, por supuesto, menos criminal que en las otras, cuando he vivido aquí durante algunos meses, va á ser cuando la justicia, popular, esa justicia un poco risible, me va á imponer mayor pena que todas las que he cumplido "obedientemente;" ¡quién sabe si la de la muerte!

Es que ellos no pueden comprender que haya un hombre que cometa el crimen en las circunstancias en que yo lo cometí.

Pero usted que es literato, puede comprender ese crimen que parece tan repugnante, sólo por un olvido mío, sólo por una torpeza.

Ese olvido, esa torpeza y una cobardía pueril que me avergüenza, son las causas de que yo esté aquí; pero si no fuera por nuestras torpezas, por nuestros olvidos, por esos defectos que hacen la imperfección del crimen, no habría en esta cárcel tantos infelices, y no estaría tan ufana la policía de sus triunfos.

Bien; volvamos al asunto,—y sin consultarme suspendió nuestro juego, y siguió barajando á veces nerviosamente, á veces echando las cartas ante su vista en "albures" que parecía jugar en la memoria.—Este es el caso—siguió, mientras procuraba destilar en el vaso las últimas gotas de la botella visiblemente vacía. Llegué huyendo de aquel pueblo, en donde amaneció muerto uno de los vecinos ricos, y luciendo elegante traje de marcada hechura norteamericana.

Mi lujo llevaba á mis amigos á buscarme para que cambiase á su vista, y en pago de algún banquete de que habían disfrutado, una moneda de



oro, cuyo valor propio subía por el alza del cambio.

Todos creyeron que efectivamente volvía de Estados Unidos.

Al principio todo fué bien; disfrutaba de mi dinero y disfrutaban de él también mis amigos y los dueños de cantinas, cafés, etc. Los garitos no, porque á menudo ganaba yo.

¡Oh! pero una noche, ya bien entrada la noche, pasaba por el Portal solitario; las alacenas estaban cerradas, y sólo de trecho en trecho, en el escalón de las casas de comercio, se veía á algunos muchachos, "pilluelos," ¿sabe usted? y algunos perros junto á ellos. Yo caminaba de prisa, distraído, acaso preocupado.

De pronto, por junto á una columna de los arcos, entró al Portal "ella."

¡Que impresión tan extraña y tan grande me causó su horrible figura!

Vieja, nauseabundamente vieja; apenas dejaba asomar por entre el tápalo que parecía pegado á ambos lados de la cabeza, una cara blanquísima, de blancura de cadáver; en la obscuridad brilló un momento rodando de arriba á abajo, por el cuerpo, su mirada torva dirigida de soslayo por sus ojos pequeños y brillantes, ¡oh! como los de un lobo que encontré otra noche en mi camino peligroso hacia una ranchería.

Harto encorvada, parecía llevar enorme giba, y parecía más chaparra de lo que en realidad era.

El tápalo negro—así parecía, en la noche, pero era verdoso—formaba sobre su frente vértice de ángulo y caía sobre una enagua también oscura muy amplia, ampliada redondamente por la anti-cuada "eriolina."

Al columpiarse las enaguas, descubrían las chancletas que calzaba la vieja, y un pedazo de la media blanca.

¡Oh! yo no creo haber sido cobarde, pero esa noche, al pasar rápidamente á su lado para dejarla atrás, sentí un calofrío que me entró por el cerebelo y me bañó todo el cuerpo.

Al llegar á la esquina volví la cabeza, avanzaba poco á poco, balanceando las amplias enaguas que le dejaban al descubierto las chancletas y las medias. Eran las dos manchas blancas que se destacaban de la obscuridad de su cuerpo: la cara y las medias. Aquella cara de cadáver que aterrorizaba; yo no creo en apariciones de muerto, por supuesto, ni en la existencia de las brujas, pero de ambas figuras tenía; de muerta y de bruja.

Aquella noche la vi en el sueño; la misma cara cadavéricamente blanca; los ojos pequeños de mirada torva y las enaguas redondeadas que se balanceaban descubriendo las medias blancas.

¡Bah! la preocupación de una noche.

No; al día siguiente duraba mi fea impresión.

Y al tercer día creí verla al volver una esquina, y temblé.

En la noche me propuse ir al portal; quizá por allí fuera á su casa todas las noches; y la vería de cerca, y me desimpresionaría yo; sólo quedaría, naturalmente, la impresión de asco, porque eso sí; era asquerosa la vieja, la arpía, la bruja, con su cara abundantemente enharinada. Supe que se ponía polvo de almidón sobre el cutis engrasado.

Llegó; la distinguí á lo lejos, atravesaba la plaza, viniendo del Zócalo.

Por junto á una columna entró.

Me acerqué, y mi impresión se afianzó, se fijó lamentablemente.

El mismo calofrío me entró; me crispó los nervios, y sentí grandes deseos de arrojarme encima y hacerle daño.

Una mañana con amigos que me acompañaban, la encontré por el mismo Portal, seguramente era su costumbre pasar por ahí para ir á su tugurio; un cuchitril tan asqueroso como

ella, sería su dormitorio, su habitación no, porque habitaba en la calle: quién sabe en dónde?

Interrogué á mis amigos; ¿quién era, qué hacía aquella mujer, ó lo que fuera?

¡Ah! me contestaron; era "La Bruja", una limosnera vergonzante, una miserable beata que vivía de la caridad pública, con las caridades de los ricos.

"La Bruja"; así me había parecido. Era su aspecto, el de las legendarias brujas que figuran en los cuentos fantásticos.

Y cuantas veces la encontraba, y la encontraba, desventuradamente, muy á menudo, me horripiló de igual modo, y sentí los mismos impulsos de arrojarme encima y maltratarla.

En muchos años la ví. Llegué á temerla, y en cada mujer que vestía de negro, y que miraba yo venir á lo lejos, creía encontrarla.

Un día observé que á cada paso mi capital se iba consumiendo, y mis negocios iban siendo más malos; perdía yo en el juego, y una tarde, en que en unos Bolches intenté extraer del saco de un elegante amigo mío que jugaba en pechos de camisa, la cartera que yo había visto henchida de billetes de Banco, lo vió, y tuve que hacerle creer que era una broma. Acaso lo creyó ó aparentó creerlo; me había visto gastar demasiado, y enseñarle poco antes, al dar una limosna! no pocas monedas de oro que aún le quedaban.

Comencé á sentirme verdaderamente enfermo. Sentía una gran intranquilidad, un sobresalto constante.

Algunas veces me parecía que era yo víctima de

una persecución oculta. Sin embargo, las autoridades no me buscaban; se habían olvidado un poco de mí. . . . ¿No era "La Bruja?"

Y me avergoncé de haberlo pensado siquiera un momento.

Una noche á la salida del teatro, cuando ya habían apagado todas las luces, en el interior, y sólo una puerta quedaba entrecerrada para que salieran los artistas, al salir del brazo de una corista la vi ó creí verla, yo no sé á punto fijo, pero sentí el peso de su mirada torva encima de mí.

La luz roja de los focos del pórtico le chorreaba por el cuerpo, y le daba un aspecto extraordinariamente fantástico, temible en verdad.

Mi deseo de arrojármele encima y golpearla, se hizo imperioso, intolerable.

¿Si no hubiese sido por la suripanta!

Como si alguien me la hubiese disparado enfrente, con certera puntería, se me entró en el cráneo y allí se me adhirió la idea de que mi malhechora era "La Bruja."

Seguí encontrándola con frecuencia; me crispaba los nervios, no podía yo remediarlo, y me entraban las ganas de arrojármele encima, y tomarla por la cabeza, y sacudirla haciéndola describir con los pies un elipsoide; así he visto á algunas mujeres dar muerte á las gallinas.

"La Bruja", y á mi pesar pensaba yo en las madejas de cabellos y en los brevajes de que se oye hablar á los sirvientes, y con los cuales han embrujado á sus parientes ó amigos.

A veces me parecía que, como en las comedias, por artes ocultas, aquella vieja asquerosa sabía de mi último crimen, y me vigilaba, y me amenazaba con su mirada torva.

¿Sería esa mujer la causante de mi aprehensión y mi sentencia?

Pero, ¿era eso posible?

Bueno, seguramente que no existen las brujas, pero si existieran, ¿sentirían así, tan desagradablemente, tan atrocemente, los embrujados?

Y me volví huraño y malhumorado.

A menudo volvía la cara, cuando caminaba, porque temía que me siguiera. Una noche, al llegar á la esquina de la calle en que yo vivía, tuve la seguridad de que la encontraba en esa calle aguardándome hipócritamente para luego pasar como si nos hubiéramos encontrado por casualidad, y me volví en busca de amigos.

(El prisionero se levantó repentinamente sonriendo, como si hubiera tenido una feliz idea y se dirigió al lugar en que estaba la lamparilla de alcohol, con la cual calentábamos algunas veces nuestros alimentos; vació en la copa el aguardiente que había, lo mezcló con agua y lo bebió. Después, haciendo chasquear la lengua volvió á sentarse.)

—La encontré al atardecer y me ocurrió seguirla por entre la multitud que á esa hora se arremolinaba en las calles.

Acaso era mejor hacerme su amigo, pero ¿cómo? Tendría desconfianza; le extrañaría mi resolución.

Veremos—me dije—y la seguí.

Pareció notar lo con disgusto, ¿y qué? Cuando tuvo la seguridad de que la seguía, aceleró su marcha; casi corría, con torpe carrera de vieja. Entonces ¿era ella la que me temía?

¡Ah! la seguiría á cualquier parte que fuese, y me quedé atrás, bastante atrás; podría yo distinguirla desde lejos; harto particular era su aspecto, ¡ay! demasiado fija llevaba su imagen.

Después de cruzar callejones sin empedrar, llenos de baches pestilentes, llegamos á una callejuela muy estrecha y oscura. Sólo un farol opaco, á la mitad del arroyo, dejaba caer su luz lánguida desde el alambre en que se columpiaba tristemente, como el cadáver de un ahorcado.

Llegó á una puerta baja y estrecha, y sacó la llave. A tientas halló la cerradura y abrió.

Cerró tras de sí la puerta, antes de encender la luz, y cuando prendió la cerilla, se iluminó una ventana que había al lado de la puerta.

La vieja fué pausadamente á cerrar con toda precaución, las maderas de la ventana.

¿Habría yo emprendido en balde mi larga caminata?

Con una última esperanza atravesé la calle, y llegué á la ventana.

Por una amplia hendidura de la madera vieja, se asomaba la luz.

Sosteniéndome á pulso con las manos fuerte-

mente prendidas á los hierros fríos de la ventana, apenas rosando con las puntas de los pies la pared, quedé despiando al interior del cuarto.

Con la juiciosa lentitud de los viejos, "La Bruja" plegó cuidadosamente su tápalo verdoso, desanudó de su cuello una mascada blanca, y la dejó sobre la cabecera de la cama. Hasta ese día le vi el busto, pues siempre lo cubría completamente el verdoso tápalo.

Del cuello le pendía una camándula de toscas cuentas negras, y rematada por un gran crucifijo. Al lado izquierdo, como condecoraciones, tenía prendidas medallas con listones azules.

De pronto la perdí; se alejó, y no la alcanzaba mi vista, pero luego volvió.

¿Qué iba á hacer?

Levantó el colchón, y de debajo sacó un bulto.

Tomó asiento sobre la cama, y en la confianza de que estaba sola, cruzó una pierna con lo cual dejó al descubierto la otra, horriblemente flaca, forrada con la media blanca que remedaba las arrugas que cubría.

El bulto era algo envuelto en un pañuelo. Lo desenrolló ayudándose con su desdentada boca, lo desenrolló, y después otro lienzo que también envolvía aquello. Al fin apareció un sobre de carta viejo, surcado de arrugas y dobleces, y sacó, ¡un paquete de Billetes de Banco!

Entonces abrió su chaquetilla, y de junto al seno plano, negruzco, ajado, sacó otros billetes, y los unió á los atesorados.

El producto del día, ¡explotaba bien la caridad pública!

Confieso que el ladrón saltó en mí, y mi deseo de arrojármele encima, se hizo mayormente irresistible, intolerable, imponente.

Era un magnífico pretexto ante mí mismo, para darle muerte.

Además, la ocasión era propicia; había soledad y negrura.

Pero, ¿cómo iba á hacerlo? Yo sólo llevaba un revólver, y la detonación llamaría impertinentes.

¡Ahorcándola! ¡era tan fácil! fácil sí, pero me asqueaba tocar aquel cuerpo. ¿No me acobardaría con su mirada torva? ¿No iría ella á darme muerte, al contrario de que yo se la diera?

Entonces. . . .

Y ¿cómo llamar? ¿fingiría la voz? No sabía su nombre ni el de una amiga suya; no era buen pretexto.

¿Un desconocido? No abriría.

¡Ah! la policía; un reo que se había ocultado.

¡Bah! me lavaría las manos después, como aquella vez en que despedacé un sombrero grasiento que me ensució los dedos.

Esperé á que guardara de nuevo el dinero, y llamé con fuerza.

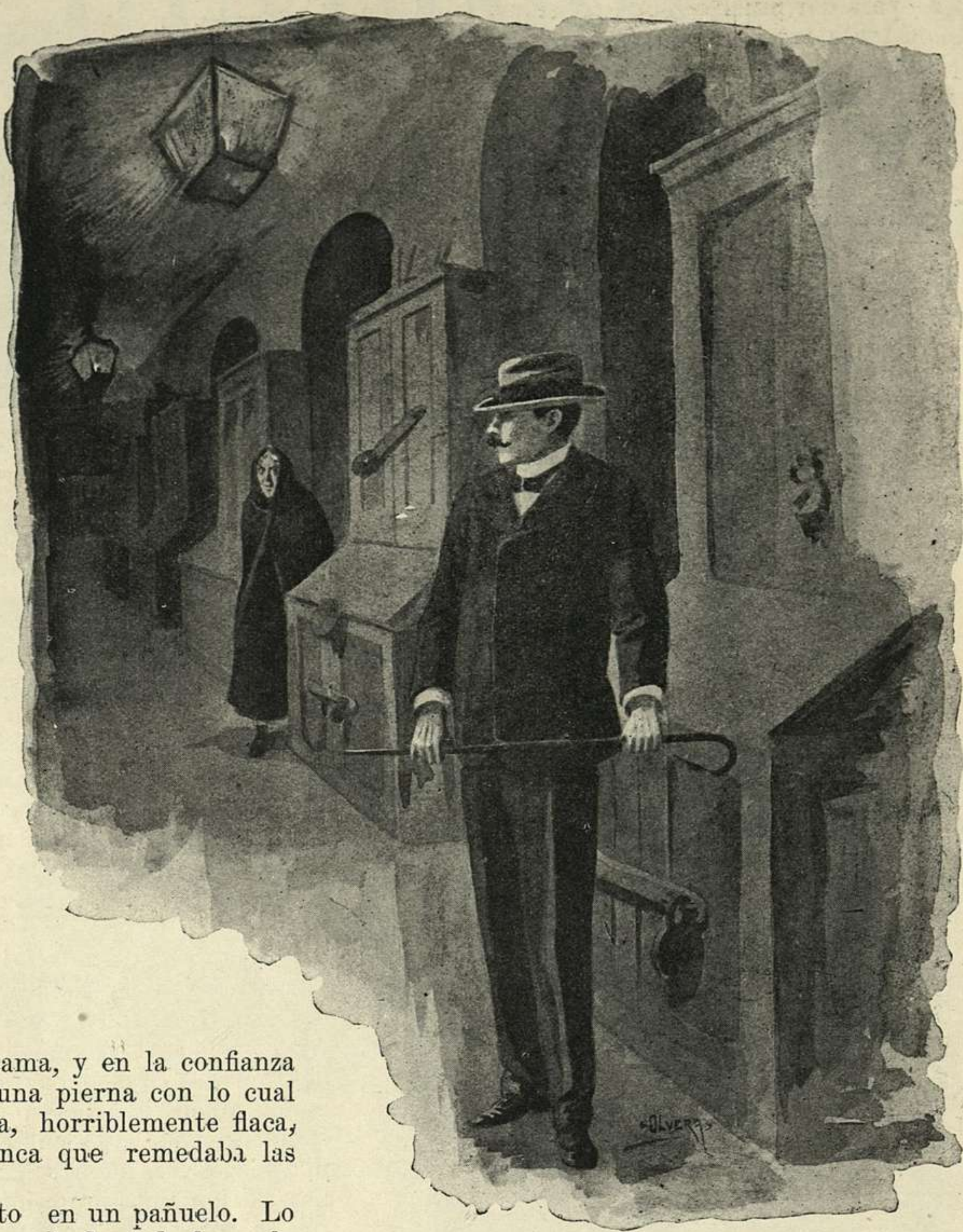
La ví por el ojo de la cerradura, lividecer extraordinariamente, temblar, temblar fuertemente, cubrirse mejor con las ropas de cama; ir de un lado para otro, quitando de sus lugares los objetos y volviendo á dejarlos allí mismo, y gritando que no sabía, que no sabía, haciendo señas desesperadas con la mano derecha sobre el hombro, como para que me alejara, como de que no quería oír: "allí no tenía á nadie; era sola."

¡Sola! ¡Ya lo sabía!

La intimidé; si no abría, ¡la autoridad! abriría por la fuerza.

Cuando apenas entreabrió, de un fuerte empujón la separé, y le apliqué violentamente su cabeza abrazada con mi brazo izquierdo, contra mi pecho, mientras con la mano derecha daba vuelta á la llave prendida en la chapa.

Se resistía, y la codicia y el temor le daban fuer-



zas á la maldita vieja; pero unas fuerzas muy relativas, fuerza senil.

La llevé hasta su misma cama, y allí la tendí y le introduje en la boca su propia mascada blanca.

Después puse mi mano en su cuello, y oprimí, oprimí.

¿Qué horror! ¿Cómo sentía yo sus nervios viejos bajo mis dedos ateneantes!

Se retorció, se sacudía, levantando los brazos y las piernas, enseñándome su cuerpo apergaminado, y yo oprimía, oprimía con gran horror, con "miedo." En medio de sus ansias, tendía la mano y buscaba algo, algo que le interesaba mucho en sus últimos momentos; los billetes; después lo he pensado.

Entonces sólo pensé en el horror que me inspiraba; sus ojos se abrieron desmesuradamente; nunca se abrirían tanto en su vida, como en el momento de su muerte. Se redondeó su boca desdentada de labios amoratados y secos, y asomó la lengua colgante.

Por última vez me arrojó á la cara su aliento ya muy débil, un aliento fétido.

Y cuando desprendí de su cuello mi mano, y la ví muerta, y me ví solo en aquel cuartucho, un terror incomparable se apoderó de mí; me miraba, es decir, tenía los ojos abiertos fijos en mí, y sentí el mismo calofrío en mi cuerpo que cuando me miraba estando viva.

Me pareció que iba á levantarse; unos deseos insensatos de echar á correr, me entraron de repente, y abrí, y corrí desesperadamente. Corría por los callejones oscuros y estrechos, haciendo saltar el lodo al pisar, y enfangándome las ropas y la cara.

La sentía detrás de mí, sentía su mirada, y corría más y más.

En una esquina un policía me detuvo; ¿á donde iba yo, corriendo, sin sombrero, con el traje enfangado, y el rostro enrojecido, sin poder hablar por la sofocación?

¿Lo sabía yo acaso?

Y no quiso oír mis ruegos que, ya un poco sereno, le dirigí para que no me aprehendiera, y me llevó á la inspección de policía.

Poco después llegó otro guardián pidiendo una camilla; ¡llevaba mi sombrero! el sombrero que "había dejado junto á la muerta el asesino". . . .

Y si hubiera sido por robarla, se explicarían los jurados un asesinato así; pero no, ni eso. Se necesita tener el vicio de matar—como me decía el

Juz—para dar muerte á una pobre vieja indefensa, con tanta crueldad, para gozar con ese crimen. ¡Gozar! cuando ha sido la vez en que, con más asco he puesto mis manos en un cuerpo. Recuerdo horrizado la impresión de sus nervios viejos bajo mis dedos atenaceantes; la impresión de su piel ajada y sudorosa, y la vista de su cuerpo apergaminado.



Y ¿ve usted como mis presentimientos se cumplieron? "La Bruja" fué la causante de mi aprehensión y lo será de mi sentencia, de mi desgracia.

Aún después de muerta sigue siendo mi malhechora.

El prisionero se llevó por manía, el vaso vacío hasta sus labios febriles, y dijo suspirando:

—Lo que siento es que esta noche no podré dormir, por el recuerdo de "La Bruja;" además, ¡sin una gota de alcohol!

Francisco Zárate Ruiz.

EL NEVADO DE TOLUCA.

El Nevado de Toluca, el Xinantecatli (Señor desnudo) como lo llamaban antiguamente, es la preciosa montaña que se levanta al Sur del extenso Valle de Toluca y es un vetusto volcán, del cual casi no se tienen noticias de haber hecho erupción formal en épocas históricas, aunque se ha mencionado alguna vez que arrojó humo y cenizas.

Y decimos que es un viejo volcán, porque en sus formas graciosas y elegantes, en los muros desgarrados de sus cimas, en las paredes gigantes de sus cráteres se demuestran los largos períodos de tranquilidad porque ha pasado y la devastadora acción del tiempo, á las rachas de nieve, las lluvias, los torrentes y el fuego, origen de tan colosal macizo que lleva sus flancos, allá abajo, hasta los Valles calientes y fértiles de Bravo y de Tenancingo.

Entre el límite de las llanuras no menos ricas del Valle de Toluca, hasta la altura donde la atmósfera favorece el desarrollo de la vegetación, dilatados montes se extienden en magnífico tapiz, desgraciadamente devastados por la mano imprevisora de los hombres; pero la tierra, feraz en otro tiempo, calcinada por las lavas, agrasada por las mazas de ceniza, substituye bien pronto, con



Vista del gran Cráter, tomada en el lado Sur.

el delicado retoño, el tronco despedazado por el indio ó el árbol derribado por el rayo en los momentos de tempestad desecha, como es frecuente en aquellas soledades del Xinantecatli.

Más arriba, en donde el aire ya delgado y frío impide á la planta crecer, sólo se encuentra el mustio líquen, una que otra planta que apenas puede arrastrarse por el suelo, ó el débil zacate que mueve su espiga dorada al menor soplo de aquel aire enrarecido y helado al contacto de las masas de hielo escondidas entre las anfractuosidades de las rocas, únicos lugares en donde es posible la acumulación de las nieves á la altura de solo cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

Sea que se ascienda á la montaña directamente por la ciudad de Toluca, ó por la de Calimayan de Díaz González, lo que es más cómodo, aunque un poco más largo, se atraviesan los montes en dos ó tres horas de agradable jornada, en medio de corpulentos árboles, del pino aromático, del oyamel, cuyas bases cubiertas de verdura y el panorama que se desarrolla á través del tupido follaje, dejan una impresión de las más persistentes por la belleza del conjunto.

Ya fuera de la vegetación, el panorama abierto del Valle de Toluca, con sus innumerables sembrados, distribuidos como los cuadros de un tablero de ajedrez, los grupos de arboleda, los pueblecillos inmediatos primorosamente reclinados en las faldas de los pequeños volcanes, hijos ó parásitos del gran Nevado, dejan en el ánimo impresiones imborrables.

Cuando se ha alcanzado la cima del coloso, el espectáculo cambia súbitamente, y entonces hay un sentimiento de pavor y de grandeza. Un inmenso circo profundo y abrupto, con rampas gigantes que parten de agujas colosales coronantes de las cimas del antro, en donde elaboráronse los acontecimientos que han engendrado los vómitos inmensos de cenizas y de lava acumulados ahora al alrededor de la inmensa cavidad, se destaca entre aquellas cuasi inaccesibles alturas poco trilladas por el pie humano.

En el fondo lejano y velado por la mucha luz del medio día, un lago de aguas azules y sombrías yace muerto; en él se reflejan los altos muros que lo circundan y pedazos de cielo muy azul, como es el azul de las altas regiones de la atmósfera.

El silencio es imponente; sólo lo interrumpen una que otra masa de roca que se desprende de arriba y que al rodar al abismo se pierde en mil pedazos, ó por el chirrido de las auras que pasan



Laguna chica.

veloces rosando con sus alas las crestas dentelladas.

Una noche en estas alturas es solemne. Metido en un rincón de las rocas en que se busca abrigo, se siente el caminante en otro mundo, enfrente del inmenso circo que entonces parece perderse

en la profundidad de las aguas de color negro que se ven como la boca del abismo por donde se iría al misterioso recinto de las ciclopes.

Del otro lado de un grande mamelón se descubre un pequeño lago, también de aguas azules, rodeado de una angosta playa arenosa que semeja el borde de un oasis.

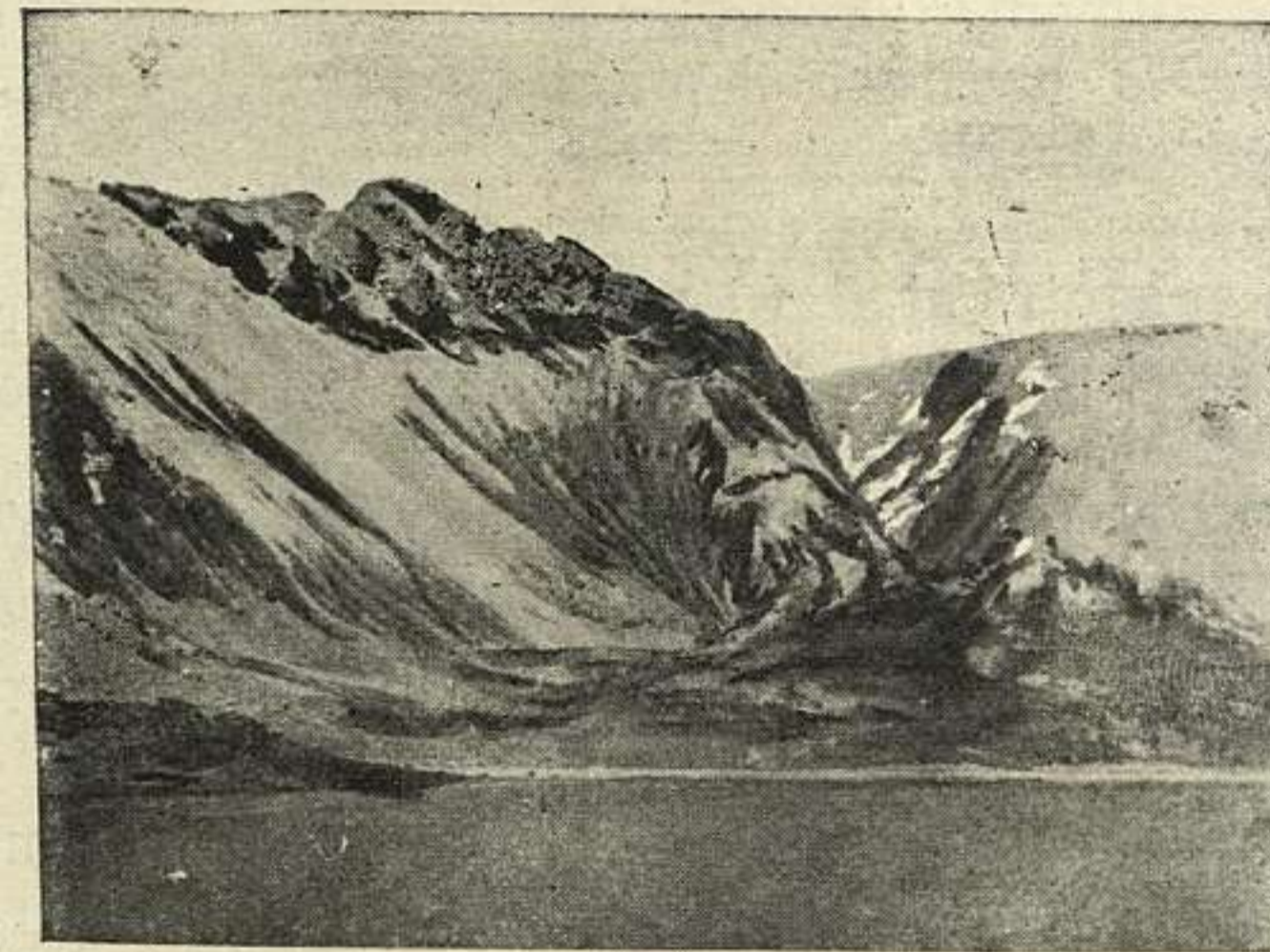
En la anterior relación dejamos transcritas las ideas de la persona que nos suministró estos datos y las fotografías que corren adjuntas; hemos pretendido trazar del modo más adecuado, tal como manifestó el autor del viaje, la grandiosidad de este volcán apagado, que ahora es poco frecuentado. Dicha persona forma parte de uno de los establecimientos científicos que posee el Gobierno Federal en esta ciudad; él solo emprendió la marcha hacia la cúspide del Xinantecatli y recorrió las partes de la inmensa mole, que son accesibles al hombre.



El pico más alto del gran Cráter.

Es de sentirse—nos manifestó el entrevistado—que nosotros los mexicanos, poco amantes del sport, no asistiáramos con frecuencia á admirar las grandes soledades de nuestras hermosas cimas nevadas, y que el Xinantecatli, una de las más grandes montañas de México, sea poco conocida aún de nosotros mismos, sobrando elementos para llegar hasta ella, trepar sus alas, subir hasta la cumbre y bajar hasta la sima, hasta la base espléndida de solemnidades de natura y digna de ser conocida y descrita.

Las fotografías de que se tomaron los grabados que figuran en este artículo, fueron hechas por el mismo excursionista científico, en lo más elevado de los picos y en lo más bajo de aquellas inmensas profundidades. Nadie hasta ahora había



El lago mayor.

dado cuenta con los misterios ahí reinantes, nadie habiábase preocupado de fotografiar la naturaleza en sus antros y altitudes del Xinantecatli, del Señor Dormido, de las edades prehistóricas del país.

EL COMICO es el periódico ilustrado de mayor circulación en la República, consta de 20 páginas semanarias, impresas en papel superior.

Obsequia en cada número 16 páginas de novelas escogidas, de las cuales pueden hacerse volúmenes separados.

Se ocupa de asuntos serios y humorísticos.

Se ilustra con dibujos bien ejecutados y con fotografías tomadas del natural.

La suscripción mensual vale sólo cuarenta centavos.

Los pedidos pueden hacerse enviando el valor de un trimestre en giros postales ó timbres, dirigiéndose á R. Murguía y Ca.—México. Apartado número 20 Bis.

En el número de esta semana y en el próximo se publicarán las más notables caricaturas que se conocen de los soberanos de todo el mundo.